



Yihadistas en España en *Todos los nombres de Dios* (Daniel Calparsoro, España, 2023)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

España, 2023. Título original: Todos los nombres de Dios. Productoras: TriPictures, Second Gen Pictures, Wanda Visión, Fasten Films. Dirección: Daniel Calparsoro. Guion: Gemma Ventura. Música: Carlos Jean. Fotografía: Tommie Ferreras. Reparto: Luis Tosar, Inma Cuesta, Patricia Vico, Lucas Nabor, Nourdin Batan, Roberto Enríquez, Fernando Cayo, Farah Hamed, Abdelatif Hwidar y Intissar El Meskine. Duración: 105 min.

Pocas son las películas de ficción (otra cosa son los documentales que se han realizado en torno al 11-M) que se han atrevido a abordar el tema

del terrorismo yihadista en España, algunas con un marcado interés como *No habrá paz para los malvados* (Enrique Urbizu, 2011), aunque hable poco del fenómeno en sí mismo; la comedia ligera *Kamikaze* (Alex Piña, 2014), que contiene un atinado mensaje; o la serie *La víctima número 8* (2018), sobre un hipotético atentado en Bilbao, estos son algunos ejemplos de ese acercamiento.



Para el caso que nos ocupa, el director Daniel Calparsoro cuenta con una larga e irregular filmografía que va desde su interesante opera prima pasando por *Salto al vacío* (1995), *Pasajes* (1996) o *Guerreros* (2002), hasta las más recientes como *Cien años de perdón* (2016), el *Silencio de la ciudad blanca* (2019) o la última, *El Correo* (2024), realizaciones mayormente supeditadas a la acción y a la intriga.

En *Todos los nombres de Dios* la historia parte de un irreal atentado terrorista que se produce en el aeropuerto de Barajas, en Madrid. Santi (un siempre eficiente Luis Tosar) es un maduro taxista deprimido por la

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.601-604>

Copyright © 2024 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

reciente pérdida de su hija, debido a un cáncer. Pasa por un mal momento. Pero justo en su último servicio lleva a una clienta al aeropuerto cuando estallan dos artefactos explosivos. Estupefacto ante las consecuencias, caos, confusión y heridos y muertos por doquier provocados por las repentinas deflagraciones, se adentra en la multitud para ayudar y recoger a un joven con el rostro ensangrentado que parece herido. Lo sube en su taxi para llevarlo al hospital más próximo. Pero la casualidad ha hecho que meta en su vehículo al único superviviente de los que han provocado el atentado, al joven Jamal (Nourdín Batán).



Aunque la premisa argumental puede ser tan válida como otras, y no se inspire en hechos reales, Calparsoro no es capaz de dar con las teclas para hacer de la producción algo más creíble. Se dan demasiadas casualidades. No se ahonda en el perfil de los personajes, más allá de Santi, posiblemente, sobre el que recae la mayor parte del protagonismo. Así mismo, la subtrama de la crisis de la relación entre Santi, su mujer Laura

(Patricio Vico) y su hijo Raúl (Lucas Nabor), si bien convincente, no aporta más que espesura a la narración.



El conjunto está plagado de ciertos clichés, como cuando la agente que lleva la investigación, Pilar Montero (Inma Cuesta) va descubriendo señales, gracias a la familia de Jamal, cuya madre y hermana, profundamente afectadas, le cuentan cómo cambió el chico en sus viajes a Marruecos, su vuelta a la mezquita y su repentino integrismo... Sin embargo, la caracterización del joven yihadista resulta tan trillada que no aporta nada sustancial, aunque peor aún es cuando tras su huida precipitada, cuando Jamal coge de rehén a Santi, confiesa su cobardía y se arrepiente de los pasos que ha dado.

El modo en el que Calparsoro pasa de la huida del aeropuerto a la búsqueda desesperada de Laura y Raúl, acompañados de un compañero de trabajo, Ramón (Fernando Cayo), por saber del paradero de Santi, tampoco se aprovecha de la tensión

dramática. En todo caso, el giro final, tras el accidente de Santi con su taxi (debido a que se ha quedado dormido tras una larga jornada nocturna), como anticlímax, en el momento en el que todo parece resolverse, no resulta convincente. La película imagina, aun así, una red yihadista más sofisticada de lo que nunca se ha dado en España. Y los integrantes de la célula que se han inmolado en Barajas no son sino la punta del iceberg, unos jóvenes a los que se les ha instruido de forma conveniente en el fanatismo, pero tras ellos hay un cerebro (Abdelatif Hwidar) que desde la sombra ha urdido el plan y pretende llevarlo hasta las últimas consecuencias, para que la repercusión mediática del terror sea lo más amplia y global posible.

Cierto es que la realización reconoce el excelente oficio de unos servicios de seguridad españoles, la Guardia Civil, que a pesar de las rivalidades y tensiones existentes entre Pilar y Gerardo (Roberto Enríquez) de cómo llevar la investigación, salen airoso gracias a las excelentes cualidades que demuestran. Así y todo, en cuanto Santi releva a Jamal portando un chaleco-bomba, por muy espectaculares que sean las escenas rodadas en la Gran Vía madrileña, resultan huecas. Más aún cuando uno de los integrantes de la célula terrorista pierde, tras una huida precipitada de la policía, el teléfono para hacer estallar el dispositivo que porta Santi, y lo cogen unos niños, y se ponen a jugar con el mismo...



De todos modos, *Todos los nombres de Dios* no aborda con la suficiente claridad un tema tan sensible como es la afección yihadista en España. No convence como thriller ni como producto comercial, porque no resulta verosímil en demasiadas facetas. Los únicos elementos dignos de mención radican en ese aspecto tan doloroso que provoca el terrorismo tanto en las familias afectadas como en las de los victimarios; además de mostrar que la comunidad islámica, como tan bien expresa la madre de Jamal, no cree que la senda de la yihad sea la del buen musulmán, todo lo contrario. Aun así, el breve alegato que interpela pasa demasiado desapercibido. También se pone de relieve el papel que puede tener la prensa en lo negativo, en una presión mediática sobre los afectados que resulta tan atosigante como dolosa, y en lo positivo, cuando ayuda y colabora para evitar una catástrofe. Calparsoro, en todo caso, intenta encontrar un equilibrio entre las convenciones de género de acción y las que implican una temática como el terrorismo de la cuarta ola, pero sin conseguirlo, desperdiciando, en buena medida, el buen hacer de la actuación de los protagonistas, los medios y una

temática que, con otro enfoque, seguro que habría dado más de sí.



Por desgracia, el cine, pese a sus enormes virtudes, no siempre genera producciones capaces de hacernos olvidar que la realidad debe tratarse desde la ficción con la debida consideración en ciertos temas.